

Placer-displacer

Miguel Ángel Sánchez Hernández

El displacer corresponde a una elevación y el placer a una disminución de tal cantidad de excitación. El factor decisivo en cuanto a la sensación es la medida del aumento o la disminución en el tiempo.

La vida psíquica es regida por el principio del placer y esto es posible de decir debido a que una tendencia del aparato anímico es la de conservar lo mas baja posible o por lo menos constante la cantidad de excitación en él existente.

Esto nos hace pensar que todo aquello que tiende a elevar la excitación es antifuncional, es decir, sentido como displacer. El principio del placer tiende a la estabilidad. Sin embargo no podemos decir que el principio del placer ejerza un dominio absoluto sobre el aparato psíquico ya que supondría que todo lo que hagamos o hiciéramos iría acompañado de placer y esto no es así ya que existen numerosas y poderosas fuerzas muy enérgicas que se oponen al principio de placer. La experiencia lo constata. Existe en el alma humana una tendencia al principio del placer pero a esta tendencia se oponen otras fuerzas o estados determinados y de tal manera que el resultado final no puede corresponder siempre a ella.

«Dado que la tendencia hacia el fin no supone todavía el alcance del mismo y dado que el fin no es, en realidad, alcanzable sino aproximadamente...» Por lo tanto debe existir alguna circunstancia que frustre la victoria del principio del placer.

La finalidad de la vida está fijada por el principio de placer. Los hombres en la vida «quieren alcanzar la dicha, conseguir la felicidad y mantenerla», evitándose dolor y displacer, procurándose placeres intensos (he allí la dicha). Sin embargo, no está en los planes de la «Creación» el que el hombre sea dichoso: el cuerpo se corrompe y muere, el mundo exterior (en principio, Freud quiere decir el natural) nos abate destructivamente con furia, y, más dolorosamente, el tener que sufrirmos a otros seres humanos.

Según un abordaje económico fluyen en el aparato psíquico magnitudes de estímulos de procedencia exterior, percibidos como un peligro inminente, y otros de procedencia interna: exigencias pulsionales, que permanecen libres de toda ligazón. El incremento de estas magnitudes en el aparato psíquico se percibe como una sensación de displacer, mientras que su reducción es percibida como placer.

El principio del placer postula que el aparato anímico tiende a la estabilidad, a la menor tensión, a la constancia del fluido de las excitaciones presentes en él, de tal modo que un equilibrio de las tensiones evitaría el displacer y a su vez garantizaría la ganancia de placer en el sujeto.

Pero rápidamente Freud se encarga de desmontar esta ilusión introduciendo la noción de *tendencia*. El principio del placer es sólo una tendencia, y su meta puede alcanzarse sólo por aproximación. Es decir, que el placer no está garantizado.

Existe una tensión irreductible al placer, que lo doblega y lo desborda. Es un resto de tensión insurgente que seguirá orbitando en el aparato anímico produciendo un displacer irreductible al que Freud le otorgará un estatuto diferente. Freud percibe que esta tensión no es un efecto del principio del placer sino que es independiente de él, e incluso más primaria, y no predispone necesariamente un efecto displacentero, por el contrario, existen tensiones placenteras y distensiones displacenteras en donde el displacer se constituye él mismo como meta.

El resto de tensión imposible de encauzar en el principio del placer se constituye a partir de este momento de la enseñanza de Freud, en lo más originario de la pulsión y la urgencia de su tendencia no es la represión sino la repetición.

Hay un texto en la obra de Freud muy esclarecedor para entender este presencia del malestar en el sujeto. Inicialmente, Freud iba a titular al texto «*El Malestar en la Cultura*», como «*La Infelicidad en la Cultura*» (*Unglück*). Esta diferencia es interesante, porque aun habiendo cambiado el título de dicho texto, la pregunta que atraviesa de punta a punta esta obra es **¿por qué no podemos ser felices?** Y es de este modo que Freud incursiona en la cuestión del malestar: intenta, no definir al mal, sino la felicidad. Y lo hace, tanto por su cara positiva, que es la de buscar satisfacciones, como también por su cara negativa, que es la de evitar el displacer. Dice Freud: «*tanto un aspecto como el otro son simplemente el programa del principio del placer*». El programa al que alude Freud en el campo de la búsqueda de felicidad, es el programa del principio del placer. Es esto lo que otorga una finalidad en

la vida más allá de lo que dice la religión, la política, incluso más allá de lo que dicen las filosofías antiguas; es la búsqueda de la felicidad de lo que se trata. Freud no se detiene en ningún modo particular por los cuales se ha definido a la felicidad, sino que encuentra una estructura común a la idea de felicidad, que es regir la vida por el programa del principio de placer. Desde el principio del texto Freud nos informa que este programa es absolutamente irrealizable. Parte entonces de la **imposibilidad**. Lo paradójico es que no sólo es imposible realizar el programa del principio del placer, es decir la evitación total del displacer, sino que también es imposible dejar de buscar la felicidad. Con lo cual estamos frente a una división en el campo mismo del principio del placer. **El principio de placer es imposible de realizarse, pero también es imposible renunciar a buscar dicha realización.**

Freud nos dice que el lugar donde más se pagó con la satisfacción pulsional, es en el campo de la vida sexual. El «hombre moderno», neurótico, ha renunciado en demasía a la satisfacción pulsional. Pero Freud mismo no queda conforme con esta explicación, ya que con ella sólo se consigue idealizar otras culturas donde las cosas serían diferentes y mejores. En este sentido pareciera en todo caso haber algo propio de la evolución humana que aleja al hombre de encontrar satisfacción en el campo de la sexualidad.

Freud se ocupa de la solución que la religión imprime a la cultura, solución que parece ganar terreno, ya que se pretende universal. Freud se detiene en una referencia en particular: en el «*Amarás a tu prójimo, como a ti mismo*». En el Seminario VII, Lacan retoma esta referencia y trata de dilucidar qué hay en juego en este mandamiento que tanto horroriza a Freud.

Freud hace una dura crítica de este precepto, planteando que es lo más contrario a la naturaleza humana que puede haber y que hay pruebas de esto. Ya que, a medida que la doctrina del amor universal se ha extendido por el mundo, más intolerancia ha habido. **Cuanto más apunta una cultura en el «todos», más insoportables se hacen las diferencias.** Este es el contrapunto que hace Freud entre el imperio romano, como paradigma del amo antiguo, con el cristianismo, que implica ya consecuencias propias al amo moderno.

La religión hace daño cuando impone a todos por igual «su camino para conseguir dicha y protegerse del sufrimiento» sin considerar que la constitución pulsional de cada individuo es única para sí y le hace sentir su fallo o fracaso en seguir ese camino propuesto, mediante ese sentimiento de culpa denominado pecado.

Lo cierto es que Freud no se preocupa por empezar prolijamente - como

empezaría un filósofo- planteando lo ya sabido en relación al campo de la ética. El campo de la ética, en general, intenta buscar criterios que fundamenten si una acción es buena o mala dentro de una reflexión sobre la conducta humana; se intentan dar parámetros que permitan evaluar si una conducta es buena. Pero Freud incursiona en el campo de la ética cuando le hace falta en relación a lo que a él le preocupa, en lo que a él concierne.

Y en esta misma perspectiva, él hace lugar a su horror: el mandamiento del «amar al prójimo como a sí mismo» lo horroriza en su carácter perverso, perverso por sostenerse de la desmentida, de la renegación de un fragmento inevitable de la realidad.

Hay que tener en cuenta que este texto de Freud se desarrolla alrededor de los años 30, con lo cual la cuestión histórica del régimen socialista tiene mucho peso; Freud le dirige muchas críticas a esta otra idea de solución universal sobre el problema del mal, que es el socialismo soviético. Así como el cristianismo quiere redimir al hombre en función del amor, está quien lo quiere redimir suprimiendo la propiedad privada. Pero Freud se centra en su eje, el cual es: «*la cultura lleva inevitablemente a la renuncia*». Todos los que nos quieran vender otra cosa, han realizado una desmentida de la realidad.

En Freud, la existencia del mal es indiscutible; con lo cual también para él es más necesario **justificar la existencia de Dios que la existencia del mal**. No se quiere admitir lo difícil que resulta conciliar la indiscutible existencia del mal con la omnipotencia o la bondad infinita de Dios. El Diablo sería el mejor expediente para inculpar a Dios. La ironía freudiana lleva a plantear que el Diablo desempeñaría el mismo papel económico que los judíos en el mundo del ideal Ario. Pero aún así uno le puede pedir a Dios que rinda cuentas de la existencia del Diablo, y de la existencia del mal que el diablo corporiza. Es decir que en este punto seguimos necesitando una Teodicea.

De qué manera la noción freudiana de Superyo nos replantea la cuestión del mal? El **Superyo** nos replantea la cuestión del mal en tanto que para éste, **es lo mismo hacer el mal que desearlo**. Este es un punto central en el cual el psicoanálisis apunta a un eje diferente que el de la ética tradicional. Se podría pensar que Kant marca aquí un punto de viraje, en tanto su ética no mide la bondad o maldad de la acción en el campo de la conducta misma, en cuanto a lo que se hace efectivamente, sino a la buena o mala voluntad.

Si hay algo que el psicoanálisis pone en evidencia, es que en la lógica inconsciente, desear algo y hacerlo es idéntico. Y las formaciones del inconsciente lo demuestran. Porque ante el Superyo, no se puede ocultar nada, como sí se puede hacer ante otro exterior. Con lo cual, la posibilidad de la **mentira**

es necesaria para la existencia misma del sujeto ético en tanto dicho sujeto no sostiene su acción en la coacción exterior sino en el mandato «interior». Pero esto nos abriría a otras cuestiones que exceden los alcances del presente trabajo.

Freud, honesto hasta lo insoportable, afirma: el programa del principio del placer es irrealizable; no hay padre que nos salve. Sin embargo, todas las soluciones de Occidente tienden a restaurar la ilusión de un padre que nos salve.

Pero el problema se produce en que hay algo del malestar que no sólo no se atempera con la renuncia, sino que crece. Este es el gran problema que Freud se plantea como paradoja del Superyo. Todas las éticas intentan salir de este impasse y no lo logran. Podemos decir que Freud queda en el umbral de plantear una nueva ética. Lacan dirá que, allí donde la ética llega y encuentra su impasse, aparecen las **eróticas**, con mayor o menor éxito. Freud indica que lo que sí es seguro, es que el programa que sustenta el objetivo de felicidad es el principio del placer. Pero que no estamos programados para realizar dicho programa, por lo menos en el mundo moderno. Frente a esto no hay consuelo, sino terror. Porque en realidad el dominio de la naturaleza lleva al sujeto a ponerlo mucho más en riesgo, produciendo de este modo un crecimiento en el malestar actual.

Hay múltiples referencias históricas en el Seminario VII para dar cuenta de la problemática de la ética. De hecho, lo primero que hace Lacan es historiar ¿por qué no estamos programados para el principio del placer? Partamos de la ética aristotélica como paradigma de la ética antigua. Más allá de si el hombre en ese momento podía ser feliz o no, el ordenamiento del hombre respecto de la felicidad era pensable, porque el microcosmos y el macrocosmos no estaban en una discontinuidad. Pero lo que ocurrió entre Aristóteles y Freud es el discurso de la ciencia. Y lo que hace Freud es demostrar ese desgarro que hay entre el mundo antiguo y el mundo moderno. Ahí donde Freud hablaba del programa del principio del placer, diciendo que era irrealizable, lo que va a decir Lacan es que aquí se sitúa el objeto imposible de encontrar, el objeto perdido. Pero en ese lugar lo que encontramos es la solución o la existencia del discurso de la ciencia. Se intenta suturar ese punto de imposibilidad, es decir reducirlo o neutralizarlo desde el discurso de la ciencia.

Lacan dice que, en el mismo lugar donde está lo imposible de encontrar, el objeto imposible del principio del placer, se ubica el discurso de la ciencia, en particular el de la física. Por lo tanto lo que se puede señalar es que hay psicoanálisis porque hay discurso de la ciencia, pero son irreductibles el

uno al otro. Con lo cual el discurso de la ciencia se sitúa en el lugar de un imposible y nace a partir de un imposible, pero a la vez intenta neutralizar a lo imposible. Se podría pensar quizás que lo reniega; en realidad, es difícil situar qué mecanismo hay en juego pero lo cierto es que hay una operación en relación al vacío, a lo imposible y a lo real que puede tomar distintos nombres. Esto es interesante para pensar cuál es la operación que se produce, en la actualidad, respecto del vacío.

Entonces, **lo que el discurso de la ciencia expulsó, repudió, es ese imposible que se funda en un experimento imposible. Ese imposible retorna en el campo de la ética.** Porque la ética intenta un imposible que es la felicidad. Por lo tanto lo imposible repudiado en un lugar retorna en otro. ¿Cómo retorna? Para responder a esta pregunta, es necesario antes precisar lo siguiente: el problema del campo de la Ética no se agota en que haya deseos y prohibición a los deseos. Porque, aunque renunciemos, la infelicidad subsiste y crece. Por eso la problemática de la ética no halla solución sólo en el campo de lo deseable, la transgresión, la ley, la renuncia o no renuncia a los deseos. No queda suspendida solamente de la relación deseo-ley.

El mito freudiano de Tótem y Tabú tiene, aún, una filiación en la pasión de la muerte de Dios y hace que quede del lado de la religión. Y Lacan no deja de advertirlo. **Para Lacan, lo que hace la religión es salvar al Padre. Cualquier cosa que salve la idea de una Providencia es religión.** Aunque tome otro nombre y esté camuflado es religión, porque salva al padre. Lo que encontramos entonces, es que Freud también intenta salvar al padre en la forma de un mito. Podemos decir que Freud intenta salvar al padre. Pero ese padre no le da consuelo. En este punto es donde abre a una nueva ética.

Lacan hace un singular análisis de los diez mandamientos. Lo que le importa situar es la función global de los diez mandamientos, no el campo de cada uno de los enunciados. Se puede decir que los diez mandamientos, en su globalidad, quieren mantener como imposible lo imposible. Es ese imposible lo que se intenta preservar allí. El nombre que toma lo imposible en Lacan en este momento, se relaciona con que la distancia del *Das Ding* debe mantenerse y que esta distancia es irreductible; por lo tanto hay un imposible relativo a dicho objeto. Lo que Lacan nos muestra es que es precisamente ese imposible el que Freud sitúa en el origen mismo de la moral.

Entonces, es imposible ser feliz, porque el programa del principio del placer es irrealizable y a la vez no nos podemos librar de pretenderlo, lo cual se genera más infelicidad. Ese imposible es causa de la ruptura con la ética

antigua. Ese imposible se ha intentado suturar por el discurso de la ciencia. Pero sigue subsistiendo como cuestión en el campo de la ética; y es en función de esta cuestión que Lacan aborda los diez mandamientos. Más allá de lo que digan los enunciados, todos ellos están al servicio de que lo imposible siga siendo tal.

Esto es muy importante para pensar la cuestión del amo moderno: a pesar de que siempre hubo infelicidad y que las cosas nunca funcionaron demasiado bien para el ser humano, es muy diferente si el lugar del imposible está preservado a que si no lo está.

Así pues, la alternativa a este irreductible «malestar en la cultura» no se encuentra en una imposible homeostasis (el programa del principio del placer), ni en la renuncia a los deseos en nombre de la ley; ni tampoco en la falsa solución libertina que deja igualmente atrapado en el circuito superyoico.

Fracaso fecundo que llevará a Lacan por la vía, no del bien-estar sino del **bien decir**.

«La vida, como nos es impuesta, resulta gravosa: nos trae hartos dolores, desengaños, tareas insolubles. Para soportarla, no podemos prescindir de calmantes» (p. 34); calmantes como el trabajo y la ciencia (distracciones que dan valor a la miseria), el arte y otras maneras de fantasear con ilusiones con respecto de la realidad (satisfacciones sustitutivas que reducen la miseria por medio de desplazamientos libidinales – en su forma máxima, sublimación, que sólo está al alcance de unos pocos talentosos y dotados), y sustancias embriagadoras del cuerpo (alcohol y otras drogas, que nos insensibilizan ante la miseria de nuestra vida).

«La cultura se edifica sobre la renuncia de lo pulsional... Se basa en alto grado... en la no satisfacción... de poderosas pulsiones» (p. 61).

«La renuncia de lo pulsional (impuesta a nosotros desde afuera) crea la conciencia moral, que después reclama más y más renunciaciones» (p. 97). Resultado: imposibilidad de satisfacción, déficit de dicha: «¡Qué poderosa debe ser la agresión como obstáculo de la cultura si la defensa contra ella puede volverlo a uno tan desdichado como la agresión misma!» (p. 114).

«El sentimiento de culpa es la expresión del conflicto de ambivalencia, de la lucha eterna entre el Eros y la pulsión de destrucción o muerte. Y ese conflicto se entabla toda vez que se plantea al ser humano la convivencia» (p. 101).

Se ve una oposición clara entre placer y goce. «En todos los casos la novedad será condición de goce» nos dice Freud y a partir de aquí solo queda repetir, intentar volver a lo originario, allí donde antes del principio del placer hubo una vez un supuesto encuentro satisfactorio, y único.

Desde el encuentro fortuito con la falta del Otro, el goce se ubica más allá del principio del placer, ya no es ni será un absoluto, algo completo, sino que ha devenido objeto a, un *resto* de goce que vuelve a insistir en la repetición, la repetición cuyo valor fundamental, según Lacan en el Seminario 17, es anudar el goce y el significante. De este modo la noción de repetición permite al goce procurarse un lugar en la estructura, ya sea como efecto de rechazo del discurso o como efecto de su producción (plusvalía).

El principio de nirvana expresa la tendencia de la pulsión de muerte, sugiere una profunda ligazón entre el placer y la aniquilación.

El principio de placer fue nombrado primeramente como principio de displacer: la motivación es el displacer actual y no la perspectiva del placer a obtener. Se trata de un mecanismo de regulación automática.

El principio de placer interviene principalmente en la teoría psicoanalítica en conexión con el principio de realidad. En principio las pulsiones sólo buscarían descargarse, satisfacerse por los caminos más cortos. Progresivamente efectuarían el aprendizaje de la realidad, que es el único que permite, a través de los rodeos y aplazamientos necesarios, alcanzar la satisfacción buscada.